

colocó á Murat, de llamar hácia allí sus cuerpos de ejército, y de procurar anticiparse á impedir la reunion de los confederados, que por su parte trataban de cogerle en una especie de red. Todas las fuerzas que Napoleon podía juntar en derredor de Leipsick apenas podrian llegar á 200,000 hombres; era fácil á los aliados reunir 300 y aun 350,000 combatientes. Confiaba Napoleon en la indomable bravura de sus soldados: pero animaba á los enemigos grande ardimiento y el deseo de vengar de una vez los ultrajes de muchos años. Excelentes y muy acreditados eran los generales franceses, pero eran tambien de gran valía Blucher, Schwarzenberg, Benningsen, Bernadotte y los demás que conducian los ejércitos austriacos, rusos y prusianos. Contaban los franceses en ventaja suya con el genio de Napoleon, pero sobre tener en contra la superioridad numérica de los contrarios, observábase la estrella de aquel genio amenazada de eclipse, y como próxima á cubrirse de nubes. Era el 15 de octubre (1813), víspera de la gran batalla que habia de decidir de la suerte de Europa, y todas las noticias que Napoleon recibia eran tristes, y propias para poner á prueba la firmeza de su carácter. Los movimientos de los enemigos frustraban los planes mejor concebidos y en que mas habia confiado: el reino de Westfalia, donde tenia á su hermano Jerónimo, se habia desmoronado de repente á la simple aparicion de una tropa de cosacos, y la Baviera habia firmado un tratado de adhesion á la coalicion europea. Hablando Napoleon aquella noche con los generales de su predileccion, al tiempo que se esforzaba por mostrarse resuelto y tranquilo, y se chanceaba con ellos como para animarlos, no dejaba de dar algunas señales de los sombríos presentimientos que traian su imaginación preocupada.

No nos incumbe á nosotros ni describir los movimientos y evoluciones de unos y otros ejércitos, ni las posiciones respectivas que ocuparon, ni los cuerpos que concurrieron, ni los designios y planes de cada uno para el gigantesco combate que se habia venido preparando, como tampoco nos corresponde relatar los pormenores de la terrible y sangrienta lucha de que iba á depender el imperio de una gran parte del mundo, como en los tiempos de Roma, y que al fin se realizó el 16 de octubre de 1813 en las cercanías de Leipsick. La mayor batalla del siglo, y probablemente de los siglos, la llama un historiador francés, tal vez sin hipérbole si se refiere á los siglos modernos. Tres batallas, no que una sola, se dieron en aquel memorable dia, puesto que se peleó á un tiempo entre fuerzas inmensas en Wachau, en Lindenau y en Mockern, comprendidas todas bajo el nombre de batalla de Leipsick, por ser todos puntos inmediatos á aquella ciudad. Con ardor y encarnizamiento pelearon franceses y confederados; decision y pericia suma mostraron unos y otros generales; jamás se habia oido retumbar un cañoneo tan horroroso; dos mil bocas de fuego vomitaban á un tiempo hierro y muerte: sobre 70,000 hombres fueron sacrificados en aquella lúgubre jornada, por resultado de la insaciable y caprichosa ambicion de un solo hombre; y aunque acaso perecieron mas confederados que franceses, con razon exclama un historiador francés al compendiar este resultado: «¡Triste y cruel sacrificio, que cubria á nuestro ejército de honra inmortal, pero que debia cubrir de luto á nuestra infeliz patria, cuya sangre corria á torrentes para asegurar, no su grandeza, sino su caída!»

Aunque Napoleon y sus generales pudieran decir que no habian perdido la batalla porque no habian sido forzados en sus posiciones, el no ganarla equivalia, para él y para su fama, á haberla perdido. Su única salvacion habria sido vencer aquel dia: el no haber rechazado lejos al ejército de Bohemia para caer al otro dia sobre los de Silesia y el Norte era quedar en posicion sumamente peligrosa: él no podia recibir mas refuerzo que el del cuerpo de Reynier, compuesto en su mayor parte de sajones, en quienes no se tenia confianza, mientras que los coligados podian fácilmente reforzarse con 100,000 hombres. No se le ocultaba lo crítico de su situacion, y en los mustios y taciturnos rostros de sus generales la comprendia tambien: él mismo fué el primero á articular la palabra *retirada*, que ninguno se habria atrevido á pronunciar delante de él; pero repugnaba tanto á su orgullo, le era tan violento, que todo el dia 17 le pasó en fluctuacio-

nes y perplejidades á que no estaba acostumbrado su carácter, perdiendo un tiempo precioso; hizo indicaciones de tregua á un prisionero austriaco, á quien dió libertad para que pudiera hacerlas conocer á los soberanos enemigos, y cuando se convenció de que el armisticio era imposible y se decidió por la retirada, quiso hacerlo de un modo ostentoso, como quien en medio de la debilidad esperaba todavía imponer y amedrentar á los que reunidos eran ya conocidamente mas poderosos que él, como el genio de la soberbia que intentaba aterrarse despues de caido.

Dadas las órdenes y trasmitidas las instrucciones para la defensa de Leipsick, á cuya espalda habia de retirarse el ejército francés, comenzó este su movimiento (18 de octubre). Todo él tenia que desfilar por el larguísimo puente de Lindenau, ó sea una serie seguida de puentes de una longitud inmensa, operacion arriesgadísima y difícil, causa de los desastres que vamos ahora á ver. Cerca de 300,000 hombres tuvo sobre sí Napoleon en este terrible dia, mandados por Bernadotte, Blucher y Schwarzenberg, con que se dieron á la vez tres batallas como la antevíspera. Siglos hacia que no habia combatido tanto número de hombres en un mismo campo. Con desesperacion pelearon los unos, con el ardor de quienes iban á emancipar de una vez su patria los otros. En lo mas recio de la refriega los sajonos que conducia Reynier, y que servian de mala gana con los franceses, corrieron de repente á las filas contrarias, y lo que es mas, volvieron las bocas de sus cañones y los dispararon contra la division de Dürutte, con la cual estaban sirviendo dos años hacia, y la destrozaron; horrible traicion, que en aquel caso no bastaba á justificar la injusta violencia que Napoleon habia estado haciendo á la Sajonia, pero que era una expiacion de sus tiranías. Por todas partes corria la sangre á torrentes, y por todas se cubria la tierra de cadáveres y de miembros destrozados de hombres y de caballos. «Un cañoneo de dos mil bocas de fuego, dice el historiador antes aludido, puso término á esta batalla, justamente llamada *de Gigantes*, y hasta ahora la mayor sin duda de todos los siglos.» Sin aceptar nosotros la frase en toda su significacion, diremos, si, que ambas batallas fueron gigantescas y horribles, pues murieron en solos dos dias mas de 100,000 combatientes.

Por mas que Napoleon se esforzara por mostrar un semblante impasible, traslucíase la pena que estaba devorando el fondo de su alma. Dirigiéndose á la caída de la tarde á Leipsick, dictó desde una hostería la retirada nocturna del ejército, y señaló los generales y los cuerpos que habian de protegerla defendiendo la ciudad, y cómo estos habian de retirarse á su vez cuando se vieran forzados á ello. Pero si horroroso habia sido el dia 18, no lo fué menos, lo fué todavía mas el 19. Fáciles eran de prever los embarazos que habia de producir el desfile de tantos millares de hombres, de tantos miles de carros, de tantos centenares de cañones, con los heridos que no habian sido abandonados, con cinco ó seis mil prisioneros de Dresde y de Leipsick que por orgullo llevaban á costa de aumentar la confusion y las dificultades, todos atropellándose para pasar el puente de Lindenau, de media legua de longitud, queriendo todos ser los primeros á entrar en aquel angosto recinto, alegando preferencias de cuerpo, y dando lugar cada tropa nueva que llegaba á gritos, resistencias, tropelías y verdaderos combates. Solo el emperador logró hacerse paso por entre la apretada muchedumbre, por un resto de admiracion y respeto á su persona.

Acontecia todo esto en tanto que en las cercanías, y á las entradas y en los arrabales y en las calles de Leipsick, atacada en todos los puntos por los confederados, que apenas creian en la fortuna de verse vencedores de Napoleon, se combatia de la manera mas sangrienta y horrible, incomunicados los defensores de una calle á otra, y á veces apiñándose tanto que era imposible á los aliados penetrar ni á la bayoneta. Una horrorosa catástrofe vino á aumentar aquella confusion espantosa. Habíase dado orden á un coronel de ingenieros para que mirara el primer arco del puente y le hiciese volar tan pronto como pasara el último cuerpo francés y antes que pudieran entrar en él los enemigos. Un cabo con mecha en mano esperaba este momento ó aguardaba el aviso. Mas como se viese

acercar tropas de Blucher persiguiendo una columna francesa, creyóse aquella la ocasion, gritóse al cabo que prendiera fuego, estalló la mina con horrendo estampido, y volando por los aires los pedazos del puente hizo porcion de víctimas á un lado y á otro; pero no fué esto lo mas funesto del error. Hallábanse todavía comprometidos en la ronda de Leipsick y oprimidos entre 200,000 contrarios los generales franceses Reynier, Lauriston, Macdonald y Poniatowski con las reliquias de sus cuerpos, que aun ascendian á 20,000 hombres, los cuales, viéndose así cortados y creyéndose vendidos, lanzaron gritos de furia, y despues de una resistencia desesperada, los unos se rindieron, los otros se arrojaron á los rios, que algunos lograron pasar á nado, siendo los mas arrastrados por las corrientes. Esto último le sucedió al príncipe de Poniatowski, recién ascendido por Napoleon á mariscal del imperio en recompensa de su heroismo. Macdonald, mas afortunado, logró ganar la opuesta orilla. Reynier y Lauriston fueron hechos prisioneros.

Tal fué el término de las famosas y sangrientas batallas de Leipsick, que costaron á Napoleon mas de 60,000 hombres, y tal y tan desastroso el remate de la campaña de Sajonia que con tanta fortuna para él habia principiado en Lutzen, en Bautzen y en Dresde (1). De los 360,000 hombres de tropas activas, sin incluir las guarniciones, que contaba al romper las hostilidades; de los 250,000 que aun tenia quince dias antes, entre las pérdidas sufridas en las marchas y en las batallas, y las defecciones de los aliados, apenas conservaba ya de 100 á 110,000 soldados, y estos en el estado mas deplorable. Lo que todavía llevaba bueno era una numerosa y excelente artillería, aunque algunas docenas de piezas habian quedado en poder del enemigo. Pero si bien esta artillería podia ser un recurso, era tambien un embarazo por la dificultad del transporte. Convencido Napoleon de que no le quedaba otro arbitrio que tomar la vuelta del Rhin, dirigió la retirada en persona precipitándola todo lo posible, á fin de tomar la delantera á los enemigos en los desfiladeros y en los pasos mas peligrosos. Esto lo logró, pero sufriendo todavía bajas enormes en sus desalentadas huestes, porque incesantemente acosadas por los austriacos, prusianos y cosacos, no solo fué menester abandonar los 5,000 ó 6,000 prisioneros que por ostentacion llevaba, sino que sus soldados, ya con pretexto del hambre, ya fingiéndose enfermos, heridos ó despeados, quedábanse por las noches en los caminos ó en las aldeas, cayendo á centenares en poder de los corredores enemigos, en términos que desde Lutzen á Erfurt, donde llegó el 22 (octubre, 1813), halló su ejército mermado en cerca de otros 20,000 hombres por efecto de este desbandamiento.

Hizo en Erfurt un alto de dos ó tres dias para dar algun descanso á sus tropas, y proveerlas de vestuario y calzado que habia en los almacenes. Desde allí escribió á Paris pidiendo quinientos millones de francos y nuevos alistamientos, además de los 280,000 hombres ya pedidos, y recomendando que los que le enviases fueran hombres ya formados, «pues con niños, decia, no puedo defender la Francia.» aludiendo á los muchos reclutas que llevaba en su ejército, y á cuya causa achacaba las muchas deserciones. Fáltóle allí su cuñado Murat, que con tanta bravura se habia conducido en Leipsick, y que partió, sin que nada fuera bastante á detenerle, alegando la necesidad de su presencia para defender la Italia. Allí supo tambien la defeccion completa del ejército bávaro, que convertido en enemigo despues de tantos años de aliado, hacia su situacion mas comprometida. Avanzando ya los confederados por todas partes, fué preciso levantar el campamento de Erfurt, adelantándose para no ser cortado.

Aun así encontró el 30 de octubre interceptado el camino de Maguncia, y por consecuencia cerrado el paso al Rhin, por

(1) Las córtés españolas en sesion del 26 de noviembre decretaron que en todas las capitales y pueblos de la monarquía se cantara un *Te-Deum* «en accion de gracias por los resultados de las memorables batallas dadas por los aliados en las inmediaciones de Leipsick en los dias 18 y 19 de octubre último, y por los triunfos conseguidos en el Pirineo por las armas nacionales y aliadas en los dias 10 y siguientes del presente mes.»—Diario de las Sesiones.—Decretos de las córtés, tomo V.

el general de Wrede, que ocupaba Hanau con 50 ó 60,000 austro-bávaros. Enfureció en gran manera á Napoleon y á todos los franceses esta accion de quien habia sido tanto tiempo su amigo. Propúsose aquel escarmentarle á toda costa, aunque ya no llevaba sino de 40 á 50,000 hombres; tanta habia sido la desercion en las últimas marchas! y de ellos apenas pudo reunir 16,000 bajo su inmediata mano. Con ellos sin embargo, y con ochenta cañones, llevando por delante su vieja guardia, acorraló á de Wrede, de quien dijo con ironía: «¡Pobre de Wrede! le pude hacer conde, pero no general!» Cerca de diez mil hombres perdió el bávaro, entre muertos, heridos y prisioneros, quedando él mismo tan gravemente herido que se le tuvo por muerto. Sobre 3,000 hombres perdieron los franceses en este brillante encuentro. Lució todavía con fulgor en medio de su decadencia el astro y el genio de Bonaparte; y así pudo abrirse paso al Rhin, y así pudieron ir llegando unos tras otros á Maguncia hasta 40,000 hombres, residuo de aquellos 360,000 con que habia comenzado la célebre y para él funesta y lúgubre campaña de Sajonia. Acompañáble en esta desastrosa retirada los mariscales Víctor, Marmont, Sebastiani, Mortier, Macdonald y Lefebvre-Desnoettes.

Una semana permaneció Napoleon en Maguncia, reorganizando en lo posible sus mermaidísimas y asendereadas huestes, cuidando de que se recogieran los desbandados y dispersos, y distribuyendo sus tropas y dando y señalando á cada general su fuerza y su puesto para la defensa de la frontera del Rhin, de aquella frontera que pocas semanas antes la Europa coligada habria de buen grado reconocido como limite de la Francia, y aun lo habria agradecido como una concesion generosa de Napoleon, y ahora necesitaba él de grande esfuerzo, y era muy dudoso que pudiera conservarla. Despues de esto partió para Paris (7 de noviembre, 1813) con objeto de buscar todavía en aquella Francia, agotada ya de hombres y de recursos, recursos y hombres para una nueva campaña. Soldados le quedaban todavía excelentes y en gran número, mandados por distinguidos generales y por oficiales aguerridos. Además de las reliquias del grande ejército llegadas al Rhin, tenia 190,000 hombres útiles para el servicio. ¿Pero dónde los tenia? Hábilos dejado diseminados por el Norte de Europa, guarneciendo las plazas del Elba, del Oder y del Vistula: que así como su hermano José al salir de España habia dejado guarniciones mas ó menos fuertes, no solo en las fronteras sino en el interior de la Peninsula, con el objeto y la esperanza de que le sirvieran de apoyo cuando volviera á pisar el suelo español, así Napoleon, que en la embriaguez de su ambicion y de su orgullo habia confiado en penetrar otra vez victorioso hasta el Vistula, habia dejado allí derramadas aquellas guarniciones para que le sirvieran de apoyo cuando triunfante otra vez de la Europa coligada volviera á ostentar sus águilas por aquellos remotos países (2).

Pero las sangrientas jornadas de Leipsick habian dado al traste con los gigantescos designios del genio de la ambicion, y aquellos 190,000 hombres que juntos hubieran formado todavía un lucidísimo ejército y podido servir de base para otro mucho mas numeroso, aislados y dispersos á grandes distancias algunos, bloqueados casi todos en plazas enclavadas en países enemigos, á muchas jornadas del Rhin, en medio de los victoriosos é inmensos ejércitos de la Europa confederada, cerrado el camino de la Francia, y sin fácil, y aun los mas sin posible comunicacion entre sí, ¿cuál podia ser la suerte de aquellas guarniciones, por grande que fuera su heroismo, sino las penalidades, los infortunios, la desesperacion, y tras ella ó la sumision al enemigo ó la muerte? Así fué sucediendo, como era fácil de pronosticar. La guarnicion de Dresde, fuerte de 30,000 hombres, con estar mandada por un general de tan alta reputacion y de tan firme carácter como el mariscal Saint-Cyr, tuvo que resignarse á quedar prisionera de guerra, desaprobada por el emperador Alejandro la capitulacion que an-

(2) Habia dejado 3,000 hombres en Modlin, otros 3,000 en Zamose, 28,000 en Dantzick, 8,000 en Glogau, 4,000 en Custrin, 12,000 en Stettin, 30,000 en Dresde, 26,000 en Torgau, 3,000 en Wittenberg, 25,000 en Magdeburgo, 40,000 en Hamburgo, 6,000 en Erfurt, y 2,000 en Wurtzburgo.

tes había hecho (11 de noviembre, 1813), con la ventajosa condición de poder ir á Francia, y con la facultad de servir despues de canjeada: acto de que los franceses se quejaron amargamente, calificándole de violacion indigna de un tratado, y haciendo por ello cargos terribles á los soberanos del Norte.

Las demás guarniciones de Modlin, de Zamose, de Wittenberg, de Torgau, de Hamburgo, de Stettin, de Glogau, de Custrin, de Magdeburgo, de Dantzick, las unas sufrían todos los horrores del hambre, las otras los rigores de la peste, desarrrollado en unas partes el tifus, en otras la fiebre hospitalaria, y hasta la fiebre llamada de congelacion, nacida esta del frio, como aquella de la humedad y de la insalubridad del aire, que arrebatában á millares los soldados y enviaban al sepulcro generales y caudillos ilustres: bloqueadas todas, resistiendo algunas incesante bombardeo; firmes en medio de su abandono, y sin faltarles aquella fe que había sabido inspirar á sus guerreros Napoleon, y esperando todavía de él poco menos que milagros, si algunas se rindieron y capitularon, agotados todos los medios de defensa, otras subsistian todavía á fines del año, prolongando una resistencia que admiraba y desesperaba á sus enemigos. Cada cual parecía haberse propuesto ser el último que entregara á la coalicion su espada.

Resumiendo; al terminar el año 1813, Napoleon, que aun despues del desastre de Moscow había aspirado todavía á enseñorear la Europa, que menospreciando la mediacion del Austria y convirtiéndola imprudentemente de aliada en enemiga, presumió poder triunfar él solo de toda la Europa coligada, y creyó bastarle su genio para reparar de un solo golpe todos sus anteriores desastres y para encumbrarse á tanta ó mayor altura que en la que antes se había visto, recogió por fruto de su desmedido orgullo y por resultado de la atrevida y temeraria campaña de Sajonia, haber perdido entre combates, enfermedades y marchas 300,000 hombres, dejar 190,000 comprometidos y bloqueados en plazas de naciones enemigas, contar apenas 50,000 hombres útiles para defender las fronteras del Rhin y resguardar la Francia, verse abandonado de todos sus aliados, y haber regresado á Paris á pedir á la Francia mas hombres y mas oro, para ver todavía de satisfacer, so pretexto del engrandecimiento de la Francia, aquella ambicion que le hacia perderlo todo por querer ganarlo todo.

De la parte de España, aquellos ejércitos imperiales que tan fácil habían creído amarrarla al carro triunfal de Napoleon, y que llegaron á mirar y á gobernar como un departamento del imperio francés, se hallaban lanzados del suelo español: las tropas aliadas, inglesas, portuguesas y españolas, pisaban el territorio de la Francia, arrollaban las huestes de Bonaparte, y amenazaban una plaza fuerte del imperio. Y el gobierno español, primero fugitivo y despues refugiado en una ciudad murada á la extremidad del reino, y las córtes españolas, antes reducidas á deliberar en el mismo estrecho recinto entre el estruendo y el estallido de los cañones y de las bombas enemigas, disponíanse ahora uno y otras á funcionar libre y desembarazadamente en la antigua capital de la monarquía. Con tan felices auspicios se anunciaba el año 1814, que había de ser fecundo en grandes sucesos, previstos ya unos, inopinados otros, aquellos lisonjeros sobremanera, estos sobremanera amargos.

CAPITULO XXVII

El tratado de Valencey

(Enero y febrero.)

1814

Esquivá Napoleon la paz que le ofrecen las potencias.—Célebre manifiesto de Francfort.—Tratos que entabla Napoleon con Fernando VII en Valencey.—Mision del conde de Laforest.—Sus conferencias con los príncipes españoles.—Carta del emperador á Fernando, y respuesta de este.—Negocian el conde de Laforest y el duque de San Carlos.—Tratado de Valencey.—Trae el de San Carlos el tratado á España.—Instrucciones que recibe de Fernando VII.—Viene á Madrid.—Viene tras él el general Palafox con nuevas cartas y nuevas instrucciones del rey.—Otra vez el canónigo Escocquiz al lado de Fernando.—Emisarios franceses en España.—Objeto que traían y suerte que corrieron.—Mal recibimiento que halló el de San Carlos en Madrid.—Presenta el tratado á la Regencia.—Respuesta de la Regencia á la carta del rey.—Pónelo en conocimiento de las córtes.—Consultan estas al Consejo de Estado.—Digno informe de la libertad mudar la Regencia.—Cómo burlaron esta tentativa los diputados liberales.—Cierran sus sesiones de primera legislatura las córtes ordinarias.—Se abre la segunda legislatura.

Aunque los sucesos que vamos á referir pertenecen al año que encabeza este capítulo, su preparacion venia de algunos meses atrás, á los cuales es fuerza que retrocedamos un momento.

Indicamos ya en el capítulo anterior que Napoleon á su regreso á Paris (9 de noviembre, 1813), despues de sus grandes derrotas en Alemania, léjos de darse por vencido, y de admitir francamente las proposiciones de paz de las potencias confederadas, no obstante ser aceptables, y aun ventajosos los límites en ellas señalados al imperio francés, obstinado y terco en el sistema inspirado por su orgullo y su ambicion de aventurarlo todo antes que consentir en desprenderse de algo, no solo esquivó dar á los aliados una contestacion explícita, sino que pidió al cuerpo legislativo de Francia nuevos sacrificios de hombres y de dinero, con la esperanza de vencer todavía á la Europa y de obligar á la fortuna á volverle el rostro, que cansada ó enojada parecia haberle retirado. En vista de esta actitud de Napoleon, las potencias aliadas publicaron el célebre Manifiesto de Francfort (1.º de diciembre, 1813), que comenzaba con las siguientes frases: «El gobierno francés ha decretado una nueva conscripcion de 300,000 hombres. Los motivos del senado-consulta sobre este asunto son una provocacion á las potencias aliadas. Estas se ven precisadas á publicar de nuevo á la faz del mundo las miras que llevan en la presente guerra, los principios que forman la base de su conducta, sus deseos y su determinacion. Las potencias aliadas no hacen la guerra á la Francia, sino á la altanera preponderancia que por desgracia de la Europa y de la Francia el emperador Napoleon ha ejercido largo tiempo, traspasando los límites de su imperio. La victoria ha conducido los ejércitos aliados á las orillas del Rhin. El primer uso que Sus Majestades imperiales y reales han hecho de su victoria ha sido ofrecer la paz á S. M. el emperador de los franceses.» Manifestaban su enojo por no haber sido esta aceptada, y concluian asegurando que no dejarían las armas hasta que el estado político de Europa se restableciese de nuevo.

En este intermedio, viendo Napoleon perdida su causa por el lado de España, y calculando lo que le convenia quedar desembarazado de esta guerra, resolvió entrar en relaciones y tratos con el monarca español, para él príncipe no mas todavía, cautivo en Valencey. Al decir de los escritores franceses que se suponen mejor informados, Napoleon vaciló mucho entre comenzar dando libertad á Fernando, restituyéndole á España sin condiciones, esperándolo todo de su agradecimiento, ó negociar con él un tratado que le ligara á hacer la paz y á expulsar de España los ingleses. Lo primero, que habría

sido lo mas generoso y era lo mas sencillo, tropezaba con la sospecha del emperador de que el príncipe, viéndose libre en España, obrara como considerándose desligado de todo compromiso; lo cual, si en otro caso y persona se hubiera podido calificar de vituperable ingratitud, en Fernando no habría sido sino corresponder á la conducta y comportamiento que tantas veces había tenido Napoleon con él y con toda su real familia. Lo segundo tenia el inconveniente de que el tratado no obtuviese la aprobacion de la Regencia ni de las córtes españolas, como celebrado por quien estaba en cautiverio y no gozaba de libre voluntad, y de que los españoles no estuvieran tampoco de parecer de despedir á los ingleses.

Decidióse al fin á pesar de todo por lo segundo, y al efecto envió á Valencey al conde Laforest, consejero de Estado, y embajador que había sido en Madrid, bajo el nombre fingido de M. Dubois, con una carta para Fernando concebida en los términos siguientes: «Primo mio: las circunstancias actuales en que se halla mi imperio y mi política, me hacen desear acabar de una vez con los negocios de España. La Inglaterra fomenta en ella la anarquía y el jacobinismo, y procura aniquilar la monarquía y destruir la nobleza para establecer una república. No puedo menos de sentir en sumo grado la destruccion de una nacion tan vecina á mis Estados, y con la que tengo tantos intereses marítimos comunes. Deseo, pues, quitar á la influencia inglesa cualquier pretexto, y restablecer los vínculos de amistad y de buenos vecinos que tanto tiempo han existido entre las dos naciones.—Envío á V. A. R. al conde de Laforest, con un nombre fingido, y puede V. A. dar asenso á todo lo que le diga. Deseo que V. A. esté persuadido de los sentimientos de amor y estimacion que le profeso.—No teniendo mas fin esta carta, ruego á Dios guarde á V. A., primo mio, muchos años.—Saint-Cloud, 12 de noviembre de 1813.—Vuestro primo.—NAPOLEON.»

Llegó Laforest á Valencey el 17 de noviembre (1813), é inmediatamente presentó la carta del emperador á Fernando VII, y á los infantes don Carlos y don Antonio, su hermano y tío. De palabra amplió despues el enviado el objeto y pensamiento indicados en la carta, esforzándose mucho en ponderar el estado de anarquía en que se encontraba España, el propósito y plan de los ingleses de convertirla en república, el abuso que se estaba haciendo del nombre de Fernando VII, la necesidad de entenderse y concertarse para volver la tranquilidad á la Península, y de colocar en el trono á una persona del carácter y dignidad de Fernando, y la conveniencia de tratar todo esto en secreto, para que no llegaran á frustrarlo los ingleses si de ello se apercebían. El príncipe manifestó la sorpresa que le causaban así la carta como el discurso, y que el asunto era tan serio, que exigía tiempo y reflexion para contestar. Solicitó y obtuvo al día siguiente nueva audiencia el misterioso embajador, y como en ella añadiese que si aceptaba la corona de España que queria devolverle el emperador, era menester que se concertasen sobre los medios de arrojar de ella á los ingleses, contestóle Fernando, que en la situacion en que se hallaba, «ningun paso podia dar sin el consentimiento de la nacion española representada por la Regencia.» Y como en otras conferencias intentase Laforest estrechar mas al príncipe, denunciando otros proyectos de ingleses y portugueses sobre el trono español, concluyendo por preguntarle, si al volver á España seria amigo ó enemigo del emperador, afirmóse que contestó dignamente Fernando: «Estimo mucho al emperador, pero nunca haré cosa que sea en contra de mi nacion y de su felicidad; y por último, declaro á V. que sobre este punto nadie en este mundo me hará mudar de dictámen. Si el emperador quiere que yo vuelva á España, trate con la Regencia, y despues de haber tratado y de habérmelo hecho constar lo firmaré: pero para esto es preciso que vengan aquí diputados de ella, y me enteren de todo. Dígaselo V. así al emperador, y añádale que esto es lo que me dicta mi conciencia (1).»

(1) Advertimos á nuestros lectores que estas noticias están tomadas del opúsculo que con el título de *Idea sencilla, etc.*, publicó en 1814, despues de venir el rey, su antiguo preceptor el canónigo don Juan de Escocquiz, único que en aquella sazón podia informarnos de lo que Fernan-

El primer resultado de estas conferencias fué la siguiente carta que en contestacion á la de Napoleon puso el rey en manos del enviado imperial.

«Señor: el conde de Laforest me ha entregado la carta que V. M. I. me ha hecho la honra de escribirme fecha 12 del corriente; é igualmente estoy muy reconocido á la honra que V. M. I. me hace de querer tratar conmigo para obtener el fin que desea, de poner un término á los negocios de España.

»V. M. I. dice en su carta, que *Inglaterra fomenta en ella la anarquía y el jacobinismo, y procura aniquilar la monarquía española. No puedo menos de sentir en sumo grado la destruccion de una nacion tan vecina á mis Estados, y con la que tengo tantos intereses marítimos comunes. Deseo, pues, quitar (prosigue V. M. I.) á la influencia inglesa cualquier pretexto y restablecer los vínculos de amistad y de buenos vecinos, que tanto tiempo han existido entre las dos naciones.* A estas proposiciones, señor, respondo lo mismo que á las que me ha hecho de palabra de parte de V. M. I. y R. el señor conde de Laforest: que yo estoy siempre bajo la proteccion de V. M. I., y que siempre le profeso el mismo amor y respeto, de lo que tiene tantas pruebas V. M. I.; pero no puedo hacer ni tratar nada sin el consentimiento de la nacion española, y por consiguiente de la Junta. V. M. I. me ha traído á Valencey, y si quiere colocarme de nuevo en el trono de España, puede V. M. hacerlo, pues tiene medios para tratar con la Junta que yo no tengo; ó si V. M. I. quiere absolutamente tratar conmigo, no teniendo yo aquí en Francia ninguno de mi confianza, necesito que vengan aquí con anuencia de V. M., diputados de la Junta, para enterarme de los negocios de España, ver los medios de hacerla feliz, y para que sea válido en España todo lo que yo trate con V. M. I. y R.

»Si la política de V. M. y las circunstancias actuales de su imperio no le permiten conformarse con estas condiciones, entonces quedaré quieto y muy gustoso en Valencey, donde he pasado ya cinco años y medio, y donde permaneceré toda mi vida, si Dios lo dispone así.

»Siento mucho, señor, hablar de este modo á V. M., pero mi conciencia me obliga á ello. Tanto interés tengo por los ingleses como por los franceses; pero sin embargo, debo preferir á todo los intereses y felicidad de mi nacion. Espero que V. M. I. y no verá en esto mas que una nueva prueba de mi ingenua sinceridad, y del amor y cariño que tengo á V. M. Si prometiese yo algo á V. M., y despues estuviese obligado á hacer todo lo contrario, ¿qué pensaría V. M. de mí? diría que era un inconstante y se burlaría de mí, y además me deshonraría para con toda la Europa.

»Estoy muy satisfecho, señor, del conde de Laforest, que ha manifestado mucho celo y ahinco por los intereses de V. M., y que ha tenido muchas consideraciones para conmigo.

»Mi hermano y mi tío me encargan los ponga á la disposicion de V. M. I. y R.

»Pido, señor, á Dios conserve á V. M. muchos años.—Valencey 21 de noviembre de 1813.—FERNANDO.»

Nadie creeria que una negociacion tan desmañadamente iniciada por Napoleon, apoyada en fundamentos tan extraños

do hacia. La conducta ulterior de este, y las condiciones y circunstancias del autor del escrito, deben entrar por mucho para juzgar de la verdad y autenticidad de las escenas que pasaron en Valencey con motivo de la mision secreta de Laforest. Escocquiz dice que su relato está tomado de las apuntaciones que iba extendiendo de su puño el mismo monarca. Si en efecto hubiese sido así, no se podria dudar de la autoridad. De lo que se desconfia es de la exactitud del copiad.

Tiene sin embargo su explicacion el que así se condujese Fernando en aquellos momentos. No se le ocultaba la situacion desventajosa en que los sucesos habían ido poniendo á Napoleon, y supónese que el mismo párrafo de Valencey, encargado de decirle misa y confesarle, cuidaba de enterarle de todo lo que le convenia. Los hechos pasados, y la vida misma de cautivo, le habían inspirado tal desconfianza, que recelaba ya de todo; sospechaba por lo mismo que toda proposicion que se le hiciera, llevaba el designio de envolverle en algun nuevo lazo. Pudo además tener un momento de conocer que, desprovisto allí de noticias ciertas sobre el modo de pensar de los españoles y de su gobierno, no pudiera cumplir los empeños que se le inducia á firmar. De aquí el haber tomado aquella actitud digna y correspondiente á un monarca, en que por desgracia perseveró tan poco tiempo.